

nes cómicas verdaderamente logradas. *C*, es demasiado larga para ser incluida en la selección de Horgan, y ha hecho bien en no tratar de incluir fragmentos de la novela, excepto uno, y en vez reeditar en su integridad una de sus novelas cortas, *The Lonely Lay of Dulwich*. Este es un típico relato de Baring de un amor equivocado y desdichado. También hizo bien en incluir la parodia escrita por Max Beerbohm: «Todos los caminos...», que fue agregada a la última edición Christman Carland. Es una perfecta quitaesencia de Baring: las frases llanas, sencillas y declarativas, los recuerdos de una niñez sensible, las circunstancias socialmente internacionales, en las cuales todos hablan varios idiomas y alguien canta deliciosas canciones francesas o alemanes y durante las cuales el lector confunde con la creación de una excitante historia de amor lo que es meramente la curación por la exquisita señora de una fobia infantil que un héroe tan modesto siente por la Navidad. En la propia Dafne Adeane de Baring, la exquisita protagonista central, aunque se habla mucho de ella y es admirada a través de un retrato, no aparece nunca en la novela. Ha muerto antes de que la historia empiece.

La tercera división de las obras de Baring que quiero recomendar es la serie de parodias que publicó entre 1910 y 1913: *Dead Letters*, *Diminutive Drams* y *Lost Diaries*, reeditados después en un volumen titulado *Unreliable History*. Uno de los recursos favoritos aquí es hacer que las figuras famosas de la literatura o de la historia de cualquier país o período hablen y se conduzcan como los personajes ingleses de las novelas contemporáneas de Baring. Así, la Lesbia de Catulo escribiendo de Baiae a una joven amiga de Atenas, y Charmian, escribiendo sobre una cena en Roma, suenan exactamente como lo haría Leila Bucknell, y Lady Macbeth, escribiendo a Lady Macduff, para invitarla a pasar unos días en el castillo y, si fuera posible traer a su hijito, mantienen el tono majestuoso, amistoso de Lady Hengrave razonando con *C*. para disuadirlo de casarse con una católica: «Lamento decirle que Macbeth no está para nada bien. Está realmente mal, y el hecho es que nunca se ha recuperado de la terrible tragedia (el asesinato de Duncan) que ocurrió en Inverness. Al principio pensé que nada más natural que estuviera fuera de sí. Por supuesto muy pocas personas saben cuánto quería a su primo». Goneril le escribe a Regan lo siguiente: «Hemos tenido últimamente los momentos más desagradables con papá y hoy han terminado en una de esas escenas tan penosas para gente como usted o como yo, que *odiamos* las escenas». En una entrevista con un viajero griego, el emperador Nerón, —hablando griego, como dice el visitante, demasiado bien— desprecia el arte romano comparado con el griego, se ríe y se encoje de hombros cuando el viajero dice que ha oído que los juegos en el circo son «extremadamente dignos de ser vistos». Asistir a ellos, dice Nerón, «es parte de mi profesión», pero «si yo pudiera hacer lo que

quiero, no vería sino obras griegas representadas por mi propia compañía en mi propia casa». Lamenta, cuando el visitante se despide, que la emperatriz madre –que el hijo acaba de envenenar– sufre de una fuerte indigestión y que lamentablemente no pueda recibirlo. Los atenienses en una cena elegante, después de la *Electra* de Eurípides, dicen todas las trivialidades que dirían los londinenses. «¡Pobre Eurípides! Hizo todo lo que pudo» y «Lo que yo digo es que Clitemnestra merecía absolutamente morir, pero Electra no era la persona para matarla, y como mató a su madre merecía un castigo».

Otra de las mejores parodias, «Sherlock Holmes en Rusia», no incluida en estas selecciones, apareció, no en la serie de *History*, sino en un volumen titulado *Ensayos e historias rusas*. Baring dice que mucho debe a un joven Benckendorff, que era un gran admirador de Sherlock Holmes, y que se había puesto a pensar cómo le hubiera ido a Holmes en Rusia. En este cuento, Holmes se hace acompañar por Watson a la casa de campo de un príncipe que lo ha invitado. Varias cosas habían sido robadas. Holmes logra recuperar algunas, pero descubre que el hijo del dueño de casa es un activo revolucionario, que ha puesto bombas en la casa y se ha llevado algunas cacerolas, aparentemente para ocultar la transferencia de medio millón de rublos destinados a la causa revolucionaria. El policía de la aldea no detiene al ladrón, cuya identidad conoce perfectamente, y Holmes le pregunta: «Pero si usted sabe que él lo hizo, ¿por qué no lo arresta?» «No, Dios lo guarde, respondió el asombrado y asombroso policía. ¿Por qué arrestarlo? Ya estuvo preso una vez». «¿Por qué razón?» «Mató al hermano del guardabosques... y robó gallinas». «¿El príncipe lo sabe?»... «Por supuesto». «Entonces, ¿por qué no insiste en arrestarlo?»... «El príncipe se apiada de nosotros... Somos gente pobre. Si lo detenemos, pronto volvería a estar libre y probablemente me mataría, por cierto, incendiaría mi casa». Vemos lo complicada que es la situación y resulta desconcertante hasta para el inglés Holmes, que si bien habla perfectamente el ruso, no puede entender el comportamiento ruso. Al final, un librito para anotar los tantos del juego de *skat*, cuya desaparición preocupó a toda la casa, y que Holmes cree que fue usado por el hijo para escribir mensajes revolucionarios cifrados, aparece inesperadamente en el cajón de la mesa de juego. Holmes, dijo Watson, después de irse de Rusia, azorado y profundamente enfadado, «nunca volvió a referirse al asunto, ni le gusta que se mencione para nada el juego de *skat*».

La cuarta sección de la obra de Baring que no puede ser pasada por alto es la que corresponde a su crítica literaria, junto a la cual deben considerarse sus *Antologías*. Estas últimas son de una índole muy personal. Incluyen sus dos volúmenes de *Algae*, que él subtuló *Antologías de Frases*, y su último libro importante, *Have you anything to declare?* una compilación de fragmentos favoritos de toda una vida de lecturas en

varios idiomas. Los de *Algae* consisten en fragmentos muy breves de verso y prosa pertenecientes a literaturas de ocho idiomas. Al aislar así estos versos y frases y al darles a cada uno escasamente una página, les otorga una distinción especial –como hace Eliot en los pasajes que toma prestados o transcribe– que tal vez uno puede no advertir en una rápida lectura. Comienza diciendo que una vez soñó que se había muerto y después de cruzar la laguna Estigia, le preguntó un funcionario de la aduana por qué llevaba en la gorra la inscripción «Ferrocarriles del infierno». Le entregó una lista impresa, pero no de los artículos no sujetos a impuesto, sino de las principales lenguas literarias. Los pasajes preferidos que siguen, no todos tan breves como los de *Algae*, abarcan desde Homero a Bellow y Chesterton. He leído este libro muchas veces. Pienso que valdría la pena que lo estudiaran, aunque no quizás en un curso universitario, sino cualquier persona con ambiciones literarias. Baring era un refinado conocedor de la literatura y una excelente guía en materia de estilo.

El capítulo sobre Eton difiere sorprendentemente de los relatos que hacen George Orwell y Cyril Connolly, porque Maurice Baring nunca parece haber sido castigado por muchachos de cursos superiores o mandoneado. Parece haber sido muy feliz en su juventud.

Se nos cuenta que le gustaba asombrar prendiendo fuego a su poco pelo, saltando vestido dentro del Támesis, o colgándose de la araña. Atravesaba un elegante *restaurant* de París en los tiempos del caso Dreyfus (aunque decía que detestaba a los partidarios de Dreyfus) gritando *Dreyfus est innocent!*, tiraba sus anteojos al fuego cuando una señora le decía que no le gustaban cómo le quedaban, o arrojaba un costoso sobretodo por la ventanilla de un tren cuando veía que no cabía en la valija. Una de sus bromas más divertidas consistió en llegar en bicicleta a una casa de campo a la que había sido invitado para el fin de semana, sacándose al pasar el sombrero para saludar a las personas que estaban esperándolo en la puerta principal y desaparecer hasta la noche siguiente en que volvió puntualmente para cenar. Se consideraba a sí mismo un gnomo y creía que sus impulsos por hacer algo no convencional que era lo opuesto de la seriedad de su aspecto era la protesta contra el mundo de lady Hengrave y las rutinas de la casa de campo y del servicio diplomático, en el último del cual asustó hasta el colapso a una de las mujeres que trabajaban en la oficina mandándole, comprimida en una valija diplomática, una de esas víboras que saltan y que se venden en las jugueterías. Parece de esa manera estar protestando contra su propia solemne presencia, como lo hace en sus parodias de discursos pomposos y justificaciones oficiales. Yo creo que cierto desafío a las cosas que los ingleses bien educados dan por supuestas contribuyeron a su conversión al catolicismo y a la fascinación que sintió por Rusia, donde, durante la guerra de Manchuria, sufrió severas privaciones y se mezcló con toda